

para obligar á sus súbditos á ejercitarse en el arco y la ballesta; y recomienda organizar concursos de tiro con premios para los mejores tiradores. En fin contrata á extranjeros, caballeros, ballesteros y arqueros alemanes, genoveses, españoles, galos, escoceses; pero las levadas locales en masa, los ballesteros de las villas y los mercenarios extranjeros no podían proporcionar al ejército real más que un complemento.

El verdadero ejército son las compañías de hombres de armas y de arqueros montados que Carlos V, siguiendo el ejemplo de sus predecesores, reclutó á su sueldo en todo el reino. Desde 1367 mandó hacer en todas partes la investigación de los hombres de armas «que puede tener,» los cuales deberán estar siempre equipados y prontos. En el momento en que se reanuda la guerra con Inglaterra, nobles y gentes de armas de toda especie se ponen en movimiento y se alistán á las órdenes de un jefe ó de un capitán; el duque de Borgoña, por ejemplo, está á sueldo del rey por trescientos hombres de armas; el duque de Berri por ochocientos y el duque de Borbón por cuatrocientos; Juan de Vienne, que ha sido contratado en Auxerre («en número de doscientos hombres de armas,» ha traído por su parte, agregados «á su lanza,» cinco caballeros y diez y nueve escuderos; el resto de la compañía que se ha formado bajo sus órdenes se compone de Gil de Poissi con dos caballeros y diez y nueve escuderos; de Roberto de Bailedart, caballero, con once escuderos; de Juan de Girolles con un caballero y diez y nueve escuderos, y así consecutivamente hasta doscientos hombres de armas.

En varias ocasiones se habían hecho tentativas para distribuir las compañías en *routes*, es decir, en cuerpos regulares, compuestos de un número fijo de hombres de armas y mandados por un capitán; pero esos reglamentos habían sido mal observados. Las compañías vivían á su modo y guerreaban por su propia cuenta. Muy á menudo se presentaban á la revista con un brillante efectivo y un hermoso equipo, pero inmediatamente después se disolvían y no guardaban más que pocos hombres y algunos caballos miserables: los hombres que había puesto de manifiesto por un día eran ficciones (*fausses postes*).

Carlos V hizo «algunas bellas ordenanzas y buenas acerca de sus guerras, que duraron muy largo tiempo.»

Se inspiró en los reglamentos establecidos por Juan el Bueno y en algunos artículos de las ordenanzas de 28 de diciembre de 1355 y de marzo de 1357, publicadas á instancia de los Estados generales. Tres años después de reanudarse la guerra inglesa, aleccionado por la experiencia, promulgó las ordenanzas de 6 de diciembre de 1373 y de 13 de enero de 1374, esta última muy minuciosa, en diez y ocho artículos.

Todo está reglamentado «por gran parecer y madura deliberación del consejo tenido sobre esto con los jefes de oficina de nuestra guerra y varios otros sabios y valientes.» El rey, después de haberse quejado, en el preámbulo, de que los capitanes engañan sobre el efectivo de sus tropas, que no pagan á sus hombres, que les escogen mal y descuidan la disciplina, establece que el condestable nombrará un lugarteniente, y los mariscales otros cuatro, para pasar en revista á las tropas que estén bajo su mando. Estos comisarios prestarán jura-

mento ante el rey. En las revistas no figurarán más que «las buenas gentes de armas, de hecho, que estarán allí en persona y armadas suficientemente con sus propios arneses.» Se hará jurar á esas gentes de armas «que se conducirán bien, lealmente y razonablemente, y que no tomarán nada en las villas cerradas, fortalezas y otros lugares, sin pagar el precio razonable.» No se les concederá ninguna licencia más que por causas legítimas. A las gentes á pie ó á caballo que sigan al ejército y que no sean gentes de oficio, mercaderes ú otras gentes necesarias para servir la hueste, se les obligará á «evacuar y marchar.» Los capitanes serán responsables de los desórdenes cometidos por las gentes de armas. Estas se dividirán en compañías de cien hombres, cada una de las cuales tendrá un capitán. Nadie será capitán sin letra ó autorización del rey, de sus lugartenientes y jefes de guerra. Los capitanes de cien hombres de armas recibirán 100 francos cada mes, y el rey dará el estado que le plazca á los lugartenientes y jefes de guerra. En seguida de hecha la reseña, los capitanes conducirán las gentes de armas «á las fronteras ordenadas, sin dejarles permanecer en los países, y las tendrán en los sitios más convenientes para el provecho de la guerra.»

Desde arriba hasta abajo el mando se ejerce en virtud de la delegación real, siguiendo una jerarquía bien marcada: «Nuestros lugartenientes, condestable, mariscales y maestre de los ballesteros y otros capitanes de gentes de armas.» Unos tienen cargos temporales, instituidos según las circunstancias, en una región ó en una plaza importante: éstos son los lugartenientes y capitanes. Otros, condestable, mariscales y maestre de los ballesteros, son los oficiales permanentes del ejército del rey. Los lugartenientes figuran en primer término, porque los principales de entre ellos son de la familia real ó parientes del real por afinidad, como los duques de Anjou, de Borgoña, de Berri, de Borbón. Ejercen, ordinariamente, un mando muy extenso. Sigue luego el condestable; pero el condestable era entonces Du Guesclín, y parece haber tenido en varias ocasiones una especie de superioridad con respecto á los mismos hermanos del rey: durante ocho años fué, para la dirección de la guerra, el consejero siempre llamado y siempre escuchado. Bajo las órdenes del condestable, los dos mariscales organizan los ejércitos, vigilan el efectivo y conducen las operaciones, cuando reciben este encargo del rey. El maestre de los ballesteros manda á los hombres de pie y dirige la artillería. En cuanto á los capitanes, los hay de toda especie, pequeños y grandes, capitanes generales encargados de la defensa de toda una región, capitanes de villas y simples capitanes de gentes de armas. Los capitanes generales tienen mandos extensos: Guillermo de Merle, por ejemplo, «capitán de todas las comarcas y lugares de las bailías de Cotentin y de Caén,» tiene pleno poder «para defender y gobernar» el país, «convocar y reunir á todos los nobles y otras gentes de armas, ballesteros y arqueros» de la región y «requerir á las gentes de las buenas villas y otras.»

Convenía, y esto era lo más difícil, asegurar el sueldo. Muchos desastres y miserias habían provenido de los retardos en pagar á los hombres de armas. La firmeza de las monedas permitió el establecimiento de una tarifa

general que no se modificó por espacio de más de diez años: 40 sueldos cada día para un caballero mesnadero, 20 sueldos para un caballero escudero, 10 sueldos para un escudero ó un arquero *étouffé*, es decir, completamente equipado, 5 sueldos para un arquero no equipado. Esta tarifa, por otra parte, no impidió al rey, en casos particulares, hacer reducciones: algunas veces también se vió obligado á conceder aumentos. Para guardar los pasos del Oise en 1369, ordenó que se recurriera á los hombres de armas, pero pagándoles al más bajo precio posible. Por el contrario, el mariscal de Sancerre se encontró á merced de sus hombres de armas en Limousin; á fin de no suspender bruscamente las operaciones, el rey consiente en dar, por esta vez, más de 20 sueldos diarios por cada caballero y 20 sueldos por cada escudero.

El servicio del sueldo estaba dirigido por dos tesoreros de las guerras que reunían los fondos, pagaban los hombres de armas, en especies ó por medio de bonos, y recibían las cartas de pago. En el momento de recomenzar la guerra con Inglaterra, Carlos V tomó nuevos tesoreros. El más activo de ellos fué Juan le Mercier, el modelo de los tesoreros de las guerras. Sus cuentas y sus recibos nos lo presentan viajando sin cesar en Picardía, Normandía, Bretaña, Champaña, Berri, Auvernia, Poitou. Tomaba dinero en la caja general y en las arcas del rey en París ó en casa de los recaudadores de la diócesis y de los deudores del rey. Hasta fué, en 1371, á buscar á Aviñón cien mil francos que el rey se había hecho prestar por Gregorio XI. Durante el primer año de ejercer su cargo de tesorero, recibió, para distribuir las gentes de armas, 295.344 libras tornesas, ó sean cerca de cuatro millones de francos de nuestros días, valor intrínseco.

Tan bien organizado y pagado como era posible, el ejército real fué también provisto de máquinas nuevas. Desde hacía treinta años se utilizaba en Francia la artillería de fuego. Muy primitivo era todavía «el pote de hierro para arrojar garrotes de hierro,» que embarcaba en Ruán en 1338 la flota de Hugo Quiéret; pero el uso de la artillería se había difundido con bastante presteza en todas partes. En 1339 la villa de Cambrai poseía diez cañones, y Brujas varias máquinas á las que se daba el nombre de *ribeaude quins*. Al año siguiente, Lilla adquirió «cuatro tubos de rayo de garrotes» y su ejemplo fué seguido por Saint-Quentin. Cahors estaba provisto, en 1346, de veinticuatro cañones de hierro, y Agen, de trece. Los cañones aparecieron en batalla en la jornada de Creci, donde hicieron más ruido que otra cosa. La artillería de campaña no debía quedar bien constituida hasta mucho tiempo después de la artillería de sitio. Pero de año en año se realizaban progresos decisivos: las primeras piezas de fuego no lanzaban más que materias inflamadas, destinadas á incendiar y no á herir: se inventaron después los proyectiles de plomo, de hierro y de piedra; aprendieron á dar mayores dimensiones y una mayor resistencia á los cañones, y á aumentar la fuerza de percusión aumentando la carga de pólvora.

El sitio de Saint-Sauveur, en 1374-1375, demuestra bien la importancia adquirida por la artillería en las guerras de Carlos V. Juan de Vienne retuvo en su compañía á Gerardo de Figeac, cañonero que se comprome-

tió á «hacer construir ciertos grandes cañones para lanzar piedras, y lanzarlas todas las veces que fuera menester.» Se instalaron baterías al Este del castillo; las ruinas de la abadía proporcionaban una parte de los proyectiles. Las primeras máquinas puestas en batería parecieron insuficientes. Gerardo de Figeac quedó encargado de «hacer de nuevo un gran cañón que lanzara cien libras de peso.» Bernardo de Montferat recibió igual encargo, y tardó cuarenta y tres días en terminar su cañón. Se le dejó el mercado de Caén, y estableció allí tres fraguas que consumieron una gran cantidad de hierro de Auge ó de España y acero. Se había reunido en Caén á los mejores herreros de la provincia.

En seguida después de terminados, los cañones fueron llevados á Saint-Sauveur. Inmediatamente las fraguas de Caén empezaron á hacer otros: tres grandes cañones de hierro, uno pequeño, también de hierro, y veinticuatro cañones de cobre. Si á éstos se añaden cuatro cañones de hierro comprados en otra parte, se comprueba que, en 26 de junio de 1375, la maestranza improvisada de Caén pudo enviar á Saint-Sauveur treinta y dos bocas de fuego, de las cuales las más fuertes lanzaban balas de piedra y las otras lanzaban *plomadas*, es decir, gruesas balas de plomo (1). El tiro de los cañones fué eficaz contra las fortificaciones de Saint-Sauveur. En efecto, una torre quedó despanzurrada y el capitán inglés tuvo una desagradable sorpresa: «Y ocurrió una vez que el capitán inglés estaba en una torre echado sobre una cama. Y entró una piedra de máquina en dicha torre por un enrejado de hierro que rompió y sirvió, por lo tanto, propiamente para avisar á Catterton que el rayo había bajado aquí dentro y que no estaba muy segura su vida. Porque esta piedra de máquina que era redonda, por el fuerte impulso que se le dió, fué saltando y dando vueltas alrededor de la torre por dentro.»

El ejemplo dado así por el rey fué seguido por el duque de Borgoña: en Chálón hizo fabricar una docena de cañones, de los cuales los mayores lanzaban proyectiles de noventa, ciento y ciento treinta libras; sus ingenieros fundieron, no sin trabajo, una pieza colosal para aquel tiempo, que podía lanzar el peso de cuatrocientas cincuenta libras.

Carlos V estaba decidido á dejar, sin presentar batalla, que los enemigos atravesaran el reino y se agotaran en inútiles correrías. Era preciso, por lo tanto, tener excelentes fortalezas capaces de resistir un asalto y servir de refugio á las gentes del país llano con sus muebles y sus animales. La ordenanza dada en 19 de julio de 1367, á continuación de los Estados de Chartres, está en gran parte consagrada á las plazas fuertes. Es esa la ordenanza que prescribe la inspección de las fortalezas señoriales de que hemos hablado anteriormente. El baile, asistido de dos caballeros, está encargado de dicha inspección en cada bailía. Estos inspectores reales tienen el derecho de hacer reparar y proveer de artillería y de víveres las fortalezas conservables «á expensas y costas de los señores á quienes pertenecen.» En las fronteras, el rey contribuirá con su dinero para las plazas que los señores no podrán «abastecer del todo.» Las

(1) Delisle, *Histoire du château et des sires de Saint-Sauveur-le-Vicomte*, pág. 204.

fortalezas no conservables serán demolidas para que no puedan servir de refugio á los enemigos. Al acercarse las bandas armadas que vagan por el reino, las gentes del país llano deberán refugiarse en las villas fuertes, y no pagarán en tal ocasión ninguna entrada ni salida, ni derechos de ninguna especie. Las villas cerradas, sobre todo las que están en los pasos de los ríos, se guardarán con gran cuidado. Menos de tres meses después de la ordenanza, Esteban du Moustier, uno de los mejores servidores de Carlos V, partía para visitar las fortalezas de cinco diócesis de Normandía.

En 1370, en el momento en que va á empezar la campaña contra los ingleses en el mes de marzo, las órdenes para la inspección de las fortalezas son aún más rigurosas que en 1367. A pesar del celo de los inspectores, el rey encontraba que las plazas no se ponían bastante á prisa en estado de defensa. Juan le Mercier no cesó de ir y venir de Normandía para atender á la buena conservación de las fortificaciones. En la primavera de 1378, está «á orillas del mar del lado acá del Seda,» en Ruán, en Dieppe, en Harfleur; de allí pasa por Honfleur, Caén, Bayeux, Saint-Lô y Saint-Sauveur. En los dos años siguientes, nuevas visitas de inspección á las plazas normandas en los meses de agosto y de septiembre. La visita de las fortalezas llega á convertirse en un servicio anual.

Entre los numerosos trabajos de fortificaciones que se ejecutaron entonces, los más importantes se hicieron en París. La ciudad había desbordado fuera de las viejas murallas de Felipe-Agusto; había sido preciso en varias ocasiones destruir los arrabales ó dejarlos saquear por los enemigos. Se empezó un nuevo recinto por el lado del Norte, con torres rectangulares, cortinas, puertas y fosos, á partir de 1367. Hugo Aubriot, cuando llegó á ser preboste de París, llevó la construcción con rapidez, y los trabajos habían casi terminado en la orilla derecha, á fines del reinado. Al Este se levantaba una gran fortaleza, el Castillo ó nueva Bastilla Saint-Antoine, para defender la entrada de la ciudad por aquel lado como el Louvre la defendía al Oeste.

Carlos V se cuidó de la marina tanto como del ejército. Era dueño de las costas de Picardía y de Normandía, y las conquistas de 1371 y 1372 le entregaron las de Poitou y de Saintonge; tenía á su disposición algunos grandes puertos, como Dieppe, Harfleur, Ruán, La Rochela: eran éstos otros tantos elementos de una potencia naval. El rey supo aprovecharlos.

La dirección de los trabajos y de las operaciones marítimas correspondía «al almirante de mar,» á los vicealmirantes y capitanes de mar. El almirante tenía facultades considerables sobre las costas, en los puertos y el mar, precisadas en la ordenanza de 7 de diciembre de 1373 y el reglamento de 30 de agosto de 1377: la marina de guerra y la marina mercante estaban sometidas á su autoridad en tiempo de paz y en tiempo de guerra; tenía y hacía ejercer en su nombre la jurisdicción en todas las causas referentes á la marina. En 1373, Carlos V echó mano, para desempeñar dicho cargo, de un hombre de primer orden, digno de colocarse al lado de Du Guesclin, Juan de Vienne.

Juan había nacido en el ducado de Borgoña, cerca de Besançon. El heroico capitán que en 1347 había defendido á Calais contra los ingleses era su tío. El

mismo combatió valientemente contra los ingleses, los navarros, las compañías, en Borgoña, en Francia, en Bretaña, en Poitou, en Guiena, en Normandía. Espíritu aventurero, había tomado parte en una cruzada contra los turcos en 1366, á orillas de los Dardanelos y del Bósforo. Cuando fué almirante no tenía aún treinta y cinco años. Juan de Vienne fué, por lo demás, muy bien secundado: desde hacía más de veinte años, Esteban de Moustier, á título de comisario para la guarda y gobierno de las naves, de capitán de Horfleur y, finalmente, de vicealmirante, se ocupaba del armamento, de la inspección de los navíos y de la defensa de las costas. El rey le llamaba de buen grado para informarse del estado de «su navío.» Du Moustier era una especie de comisario general de la armada. Otros mostraron excelentes cualidades en el mando, como Renier Grimaldi, los hermanos Montmor, ó en la dirección de los arsenales, como Ricardo de Brumare.

Bajo el nombre de «Clos de Galées» existía hacia tiempo en Ruán un arsenal real, adonde los mayores navíos de aquel tiempo podían remontar con la marea; allí no era de temer ningún ataque de los enemigos. Los almacenes del arsenal estaban situados de cara á la ciudad, á orilla izquierda del río. Los rodeaba un foso en comunicación con el Sena, que servía de estanque para los navíos. Carlos V devolvió la actividad á los astilleros, muy abandonados en el reinado precedente. El maestre del «Clos de Galées» fué en adelante un personaje de importancia, provisto de extensos privilegios y cuyo sueldo se elevaba á 500 francos en oro; mandaba todo un ejército de maestros constructores y de obreros. El arsenal era á la vez almacén de provisiones y taller de construcción. Todo lo que era necesario al armamento de los navíos debía guardarse allí en cantidades considerables: cabrestantes, timones, remos, mástiles, poleas, áncoras, sebo, alquitrán, estopa, plomo, cordaje, maderas, cañones. Los talleres marítimos estaban en gran actividad; á partir de 1370 hubo siempre varios navíos en construcción.

Carlos V, desde el principio de su reinado, quiso en seguida reconstituir una gran escuadra real; pero sus primeros esfuerzos no tuvieron un resultado duradero. Juan de Vienne tuvo casi que recomenzarlo todo. Cuando fué nombrado almirante, de nueve navíos construídos recientemente, cinco habían sido desarmados por consecuencia de averías y aguardaban reparación; los almacenes estaban otra vez desprovistos. Tres años después, en 1376, el almirante pudo hacer botar al agua diez grandes barjas de un nuevo modelo, imitación de las galeras españolas; su elevación sobre el agua era mayor, y su tonelaje (cerca de trescientas toneladas) más fuerte que el de las barjas normandas. En la primavera de 1377, treinta y cinco buques de guerra, provistos de un armamento completo, se hicieron á la mar. A estos buques de línea se añadió un mayor número de barcos de dimensiones más reducidas, lo que hizo en conjunto ciento veinte embarcaciones. En 1379 reinaba aún la mayor actividad en los arsenales de construcción y de reparación; diez y ocho bateles *flambarb*, ó barjas de pequeñas dimensiones, eran completamente renovados y se botaban al mar cuatro grandes barjas y otras cuatro pequeñas. Durante varias campañas se juntaron á la flota francesa los buques españoles que el

rey de Castilla, en virtud de los tratados, ponía á la disposición del rey de Francia. La costa inglesa de la Mancha, desde 1377 á 1380, se vió constantemente amenazada: Rye, Rottingdeau, Folkestone, Portsmouth, Farnmouth, Pool, Hastings, Fowey, fueron saqueados é incendiados, y hubo pánico en Londres.

Así, gracias á la inteligencia y á la sabiduría del rey, á la capacidad de servidores tan adictos y á la buena voluntad de un reino que fué siempre dócil á quien supo gobernarlo bien, la Francia, al salir de grandes perturbaciones, después de grandes desastres, recobró las fuerzas de que tenía necesidad para la guerra inevitable.

CAPÍTULO IV

EL DESQUITE DEL TRATADO DE CALAIS (1)

I. Ruptura del tratado de Calais.—II. Las alianzas.—III. Du Guesclin condestable.—IV. La conquista del Poitou.—V. Guerra y treguas.—VI. Asuntos de Navarra y de Bretaña.—VII. La muerte de Du Guesclin.

I.—Ruptura del tratado de Calais (2)

El tratado de Calais se había ejecutado, bien ó mal, en la mayoría de sus partes esenciales. Sin embargo, se había descuidado el cumplimiento de una cláusula que no parecía de una gran importancia.

Se ha visto que la renuncia definitiva de los dos reyes á los territorios y á los derechos que mutuamente se cedían, como asimismo la ratificación de la paz, no debían hacerse hasta después de la entrega efectiva de esas tierras y esos derechos. Se había convenido una prórroga para cambiarlos, y el último plazo, que los ingleses cometieron el error de creer suficiente, se había fijado para San Andrés, el 30 de noviembre de 1361, un poco más de un año después del establecimiento del tratado definitivo de Calais. Pero el rey de Inglaterra se encontró metido en un callejón sin salida; en lucha con toda clase de dificultades para cumplir sus propios compromisos, dejó que los franceses fuesen retardando la operación de la entrega de los territorios. El día de San Andrés de 1361, su representante principal, Chandos, aún no había tomado posesión del Limousin, del Périgord, del Querci y del Rouergue. Si en aquella fecha se hubiesen cambiado las renuncias, el rey de Francia hubiera podido considerar como terminada la ejecución del tratado y negarse á abandonar lo que faltaba

(1) FUENTES.—Véanse las indicadas en la página 470 y además la *Chronique du bon duc Loys de Bourbon*, edición Chazaud, 1876. Rymer, *Fœdera, conventiones... inter reges Angliæ et alios quosvis imperatores, reges, etc.*, edición de la Haya, III, 1740.

OBRAS DE CONSULTA.—Denifle, *La guerre de Cent Ans et la désolation des églises en France*, I, 1899. C. Benoist, *La politique du roi Charles V*, 1886. Terrier de Loray, *Jean de Vienne*, 1878. Moranvillé, *Etude sur la vie de Jean le Mercier*, 1888. De la Roncière, *Histoire de la marine française*, II, 1900. D. Vaissette, *Histoire générale de Languedoc*, nueva edición, IX, 1885.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Petit-Dutaillis et Collier, *La Diplomatie française et le traité de Brétigny*, «Moyen Age, nouvelle série,» 1897. Moisant, *Le Prince Noir en Aquitaine*, 1894. Rouquette, *Le Rouergue sous les anglais*, 1887. Clément-Simon, *La rupture du traité de Brétigny et ses conséquences en Limousin*, 1898. Breuils, *Jean I d'Armagnac*, «Revue des Questions historiques,» LIX, 1896.

entregar aún; no habiéndose cambiado los derechos de jurisdicción y de soberanía sobre los países cedidos á los ingleses, seguían perteneciendo al rey de Francia tal como los había tenido hasta 1360. El rey de Inglaterra, entre dos males, escogió el menor: pasó el término fijado sin que hubiera cambio de renuncias ni de ratificaciones. Es cierto que los ingleses podían invocar las letras de 27 de julio de 1361, por las cuales el rey Juan había ordenado á los habitantes de los países cedidos que rindieran homenaje al rey de Inglaterra; pero justamente el redactor de aquella acta había insertado en la misma una pequeña reserva, que entonces no había levantado ninguna protesta: «Salvo y reservado á nos el derecho de soberanía y suprema jurisdicción hasta que se hayan hecho las renuncias.» Así, hasta nueva orden, el rey de Francia podía reivindicar, sobre los países cedidos, esos derechos de jurisdicción y soberanía, que mantenían al rey de Inglaterra, con respecto á dichos países, en la condición de vasallo. Juan el Bueno, desconocedor de las sutilezas jurídicas, estuvo á punto de conceder al rey de Inglaterra las renuncias y ratificaciones; pero murió sin haberlo hecho.

Carlos V tenía otro carácter que su padre; tenía un medio de negar la validez del tratado y no era hombre para desperdiciarlo. Eduardo III sospechaba las intenciones del nuevo rey: á partir de 1366 demostró recelo y mala voluntad.

La ocasión que esperaba el rey de Francia se presentó por el lado de la Guiena en 1368. La expedición á España había sido ruinosa para el gobierno del príncipe de Gales: fué preciso pedir á los habitantes nuevos subsidios, y á este objeto se reunió á los Estados, primero en Saint-Emilión, en octubre de 1367, y después en Angulema, en enero de 1368, en los cuales se estableció por cinco años un fogaje de diez sueldos por hogar. Pero los diputados de varias ciudades no habían podido asistir á las asambleas á causa de las compañías, que dominaban en las campiñas, y algunos poderosos barones se habían abstenido de presentarse en ellas, entre otros Juan de Armagnac. A éste, que era ya su acreedor por 200.000 florines, el príncipe le pidió que dejara pasar el impuesto sobre sus tierras: Juan de Armagnac se excusó diciendo que su pobreza era tan grande que él y los suyos «no tenían qué comer;» que tenía una hija por casar; en fin, que había consultado largamente «á los más grandes eruditos del mundo, los más sabios en divinidad, en decretos y en leyes:» todos aprobaban que se negara á la demanda del príncipe. Si se ha de dar crédito á Juan de Armagnac, el príncipe de Gales no respondió á sus excusas más que con amenazas brutales; y el rey de Inglaterra, á quien se dirigió, y el príncipe, al cual recurrió de nuevo, «permanecieron siempre en su duro propósito.» Entonces, no teniendo otro recurso, decidió en abril de 1368 apelar al rey de Francia, como legítimo soberano del país, y otros señores gascones le imitaron. De esto iba á salir la guerra.

En seguida, después de haber hecho llegar la apelación á su destino, Juan de Armagnac marchó hacia París, acompañado de señores gascones en gran número. La corte de Francia les hizo gran fiesta; el rey les obsequió con festines y justas y les hizo regalos. Por otra parte, en mayo, Arnaldo Amanieu, señor de Albret, el más rico y más orgulloso de los barones de Gascuña,